

permaneciera más tiempo en la ciudad. Cumplió esta comisión con una fé admirable, y pisoteando la falsa vergüenza del mundo por el amor de Jesucristo, puso estas espuelas sobre sus espaldas, las vendió del modo y al precio que le habían dicho, y trajo el dinero al monasterio. No se admiró de un empleo tan vil y bajo, y sin considerar la desproporción de este ejercicio con la cualidad que poseía en el mundo, sus deseos sólo se dirigían á ponerse en estado, por su obediencia, de adquirir la humildad de los Hijos de Dios, que es la verdadera nobleza. »

EL ABAD PINUFIO ¹.

La humildad del abad Pinufio fué tan prodigiosa, que Casiano, después de haber hablado de él en sus Instituciones como de un modelo admirable, vuelve á hablar en su vigésima conferencia. Hé aquí lo que en sustancia dice de este venerable religioso.

El abad Pinufio era sacerdote y superior de un célebre monasterio en Egipto cerca de Panefisa, en el cual había una comunidad numerosa. Se había hecho tan respetable en toda la provincia por sus extraordinarias virtudes, y sus milagros le habían adquirido una gloria tan grande, que creyendo haber ya recibido por las alabanzas de los hombres la recompensa de sus trabajos, fué cogido de un vivo temor de perderlos bienes celestiales; y en esta aprensión se determinó á abandonar secretamente su monasterio para retirarse en otro en el cual se pudiese ejercitar sin ser conocido en las prácticas de humildad. Se escondió, pues, y

¹ Casiano.

se retiró á las entrañas de la Tebaida. Allí no quiso vivir como anacoreta, como fácilmente hubiera podido; sino que quiso más entrar en el célebre monasterio de Tebas, para estar allí más escondido, y para sujetarse, según sus deseos, al yugo de la obediencia.

Se quitó el hábito que llevaba con el cual habría podido ser conocido, y se puso uno de seglar con el cual se presentó á la puerta del monasterio. Aquí permaneció muchos dias, derramando lágrimas en abundancia y postrándose á los pies de todos aquellos que entraban y salían, para obtener la gracia de ser admitido. Pero bien lejos de acceder, se le probó, según costumbre, con desprecios humillantes. Le dijeron que no era más que un hipócrita que sólo venía para asegurar su vejez y tener pan, después de haber pasado sus primeros años satisfaciendo sus placeres en el siglo. Por último, lo llenaron de desprecios, que no obstante él sufrió con una humildad y paciencia heroicas. Su perseverancia hizo que después de muchas dilaciones lo admitieran en el monasterio, pero no lo consideraron más que como á un viejo que para nada sirve, y lo emplearon en el jardín bajo la disciplina de un religioso mucho más joven que él.

Cumplió este deber con una humildad prodigiosa; no solamente hacia todo cuanto este jardinero ó su empleo exigía de él, sino que aún durante la noche se levantaba en secreto para hacer otras obras muy penosas y que todos los hermanos las consideraban como muy odiosas, aunque por otra parte necesarias; de suerte que por la mañana la comunidad quedaba extrañamente sorprendida, cuando veía todas esas obras concluidas sin conocer quien las había hecho.

Perseveró tres años en estos ejercicios durante los cuales los religiosos de su monasterio lo buscaban por todas partes; pero por fin fué reconocido por un religioso que pasó

del Egipto á Tebas. Al principio el cambio de sus hábitos y el vil empleo en el cual lo veía ocupado le hicieron temer de engañarse; pues siempre lo veía encorvado cavando la tierra y llevando él mismo sobre sus espaldas el estiércol que esparcía en ella para engordar las yerbas. Mas este hermano, después de haber lo observado largo tiempo, se acoceó por fin más, y lo reconoció mejor por su rostro y por el metal de su voz, no quedándole ya duda; y al momento se arrojó á sus pies para presentarle sus respetos.

Todos los religiosos que vieron esta acción, quedaron extremamente sorprendidos de ver honrar tanto á un hombre que ellos consideraban como un novicio, y que ocupaba el último lugar entre ellos; pero lo quedaron mucho más cuando supieron que era el célebre abad Pinufio, cuya reputación había volado hasta ellos, y había adquirido de su parte una veneración y estima particular. Todos se le presentaron á pedirle perdón por su ignorancia y de que á su edad le hubiesen tenido tanto tiempo entre los hermanos jóvenes.

Este santo varón, viéndose así descubierto, fué transido hasta el fondo de su alma de un dolor tan vivo, que le hizo derramar lágrimas en abundancia. Atribuyó este suceso á la malignidad del demonio, que le envidiaba las ventajas de su estado, y deploraba su desdicha en esto que decía no había podido merecer acabar allí sus días. En estos sentimientos de dolor fué conducido á su monasterio por los mismos hermanos de Tebas, quienes le demostraron toda suerte de veneración.

Sus religiosos lo recibieron con una alegría inenarrable; y el temor que tenían que no se les escapase por segunda vez, hizo que lo vigilasen con un cuidado particular, pero fué inútilmente. Después de algún tiempo, el mismo deseo de un estado humilde lo cogió aun con más ardor: se aprovechó del silencio y de las tinieblas de la noche, y se

marchó de nuevo, no ya á los desiertos vecinos, sino á las regiones más remotas; pues se embarcó en un buque que partía para Palestina, en donde el creyó que no sería más descubierto; y habiendo llegado al monasterio en donde Casiano y Germán moraban, y que no estaba muy lejos del establo de Belén, en el cual Jesucristo había nacido, lo recibieron como un novicio y lo hospedaron en una misma celda con estos dos religiosos. Allí aún permaneció algún tiempo desconocido; pero se verificó muy presto, dice Casiano, la palabra de los Hijos de Dios, que dice que una ciudad situada encima de una montaña no puede ser escondida (Matth. 3); pues algunos solitarios de Egipto, quienes por devoción habían ido á visitar los santos Lugares, todavía lo reconocieron y lo condujeron de nuevo en son de triunfo á su monasterio del cual, apesar de su humildad, se vió obligado á tomar otra vez la dirección para siempre.

Hé aquí esto que Casiano nos ha dicho del abad Pinufio, á quien hace hablar en sus *Conferencias*. No se descuidó de ir con el abad Germán á visitarlo en su monasterio; pues tenían vivos deseos de verlo otra vez. « Encontramos, dice Casiano, un hombre que nos recibió con un afecto inesplicable. Nos consideró como sus ancianos compañeros de mansión y de celda, y quiso en cambio hospedarnos en la suya, que estaba en la parte más escondida del jardín. Allí fué, continúa, donde dió todas esas bellas reglas tan sublimes, con las cuales instruía un joven hermano, que se había comprometido á la regla del monasterio, y la perfección del renunciamiento que allí propuso nos pareció tan excelente, pero al mismo tiempo tan difícil, que ya no nos pudimos persuadir jamás que nuestra bajeza pudiera llegar á ella. En este abatimiento nos fuimos á reencontrar este santo viejo, á quien no pudimos ocultar nuestra inquietud. El quiso saber la causa de élla; y el abad Germán derramando lágrimas le dijo: « Vos nos habeis abierto los ojos;

Padre mio, para hacernos ver grandes cosas ; pero cuanto más nos habeis hecho conocer la grandeza de nuestra profesión, tanto hemos desconfiado de nosotros en la impotencia de llegar á ella. »

El abad Pinufio le respondió : « Vuestra humildad me extasia, y siento un placer al oiros hablar de la suerte. Yo me acuerdo muy bien de aquello que en otro tiempo notaba en vosotros cuando moraba en vuestra celda. Yo me regocijo que recibais tan bien esto que yo, que soy el último de los cristianos, os represento con mis discursos, lo cual vosotros ejecutais mejor con vuestras acciones que no os lo espreso yo con mis palabras. Pero como yo estimo en mucho esa disposición en que os veo, de querer parecer tan ignorantes en la conducta de los Santos, como si aún no hubieseis empezado á vivir como religiosos, os explicaré aquí, y en pocas palabras, cual es el fin de la penitencia, como deseais ; pues esa antigua amistad con la cual Dios nos unió, me obliga en cierta manera á obedeceros á expensas mismas de mi ignorancia, y más allá de lo que yo puedo. » Después de este preludeo, Casiano hace entrar al abad Pinufio en materia sobre la perfección de la penitencia, y dice que consiste en no cometer más los pecados de los cuales nos arrepentimos, y que la señal de una total satisfacción y del perdón que se ha recibido, es echar de nuestro corazón todo afecto y adhesión á estos pecados ; lo que explica con varios pasajes de las Escrituras. Luégo explica diferentes medios que la gracia de Dios nos ha dejado para borrar nuestras culpas, y que nadie debe desesperar de obtener su perdón, después de tantos medios que tenemos para repararlas. « Pues, dice, además de la gracia del bautismo y precioso don del martirio, hay muchos frutos de penitencia con los cuales uno obtiene la entera expiación de sus crímenes. » No solamente se ha prometido la salud á esta simple penitencia de la cual san Pedro ha

dicho : *haced penitencia y convertios, á fin de que vuestros pecados queden perdonados*, la caridad tiene también esa misma fuerza ; *ella cubre*, dice el mismo Apóstol, *la multitud de los pecados*. La limosna es también un excelente remedio para nuestras penas. Las lágrimas lavan la mancha de nuestras faltas. Dios otorga la oblación de los crímenes á la humilde confesión que de ellos se hace. La aflicción del corazón y del cuerpo sirven también para obtener el perdón. Dios perdona también los pecados por las súplicas que le dirigen sus Santos. Algunas veces también la misericordia y la fé nos hacen merecer el perdón. La salud y la conversión de aquellos á quienes hemos servido con nuestros avisos y predicaciones, atraen también la misericordia de Dios sobre nosotros. La facilidad que demostramos en perdonar las faltas que se han cometido contra nosotros, hace que Dios nos perdone las que nosotros hemos cometido contra él. Después de esto, hijos míos, no admirais como Dios nos ha abierto las puertas de su misericordia, á fin de que ni uno de aquellos que deseen salvarse se deje arrastrar por la desconfianza y el abatimiento, viendo cuantos remedios le ofrece para adquirir la santidad y la verdadera vida ? Esto es en sustancia todo lo principal que hay en la conferencia del abad Pinufio, y nosotros nada más sabemos de su vida.

Hemos dicho que Casiano y Germán se hallaban presentes en un monasterio del abad Pinufio, cuando este revisió del hábito monástico á un joven, y le oyeron los excelentes consejos que le dió sobre el estado que iba á abrazar. Los ha puesto al fin del cuarto libro de sus Instituciones, tales que los vamos á relatar.

« Cuando fuimos á Egipto, dice Casiano, y hubimos buscado con diligencia al santo viejo Pinufio, á causa de la familiaridad que habíamos tenido durante el tiempo que estuvo retirado en nuestro monasterio, dió en presencia

nuestra un aviso tan importante á un solitario que recibió en su monasterio, que me creo en el deber de reírlo aquí para utilidad de los lectores.

« Vos sabéis, hermano mio ¹, le dijo, cuantos días habeis permanecido postrado á la puerta del monasterio hasta que hoy habeis entrado en él. Conviene, pues, haceros comprender porque razón esta entrada se ha hecho tan difícil á fin de que andéis con fidelidad por el camino al cual habeis deseado entrar.

« A la manera que Dios promete una gloria sin fin á aquellos que son fieles, y que se unen intimamente á él por la regla de este monasterio, así también amenaza con horrosos suplicios á aquellos que evaden pererosos las reglas de esta santa vida, y que no responden con la santidad de sus obras, á la de su profesión y al alto concepto que los hombres han concebido de su estado (Ecles. 5). Así la Escritura nos enseña que vale más no hacer votos, que faltar á su cumplimiento después de hechos; y pronuncia maldiciones contra los que hacen la obras de Dios con negligencia.

« Hé aquí pues, hijo mio, la razón porque os hemos fastidiado tanto tiempo; no era que no estuviésemos dispuestos á otorgaros á vos, y á todos los hombres, los recursos espirituales que están á nuestro alcance, y que nosotros no queramos ir al frente de aquellos que se quieren convertir á Jesucristo; sino que ha sido por el temor que recibiendoos con demasiada precipitación, os hicieramos culpable de ligereza delante de Dios, así después de haberos admitido sin haberos hecho comprenderla importancia del estado á que os comprometiaís, cayerais enseguida en el relajamiento, ó lo habandonaseis por una desdichada diserción.

¹ Ahí se vé la costumbre establecida en los antiguos monasterios en no admitir á aquellos que se presentaran para ser recibidos en ellos, sino después de haberlos probado con demoras y humillaciones.

« Para formaros una justa idea de nuestro estado, entendid en primer lugar que no es más que una renuncia al mundo. Es un testimonio público que el religiosoda de ser crucificado y muerto. Creed, pues, desde hoy que vos sois verdaderamente muerto para el siglo, para sus obras y sus deseos, y que, según la palabra de san Pablo, estais crucificado para el mundo y el mundo lo está para vos. Mirad que esta es la cruz que en adelante debeis llevar, pues ya no sois vos el que vive, sino que es Jesús crucificado quien vive en vos.

« En todo el curso de vuestra vida debeis tener por espejo el estado de Jesucristo clavado en la cruz, á finde que, según la expresión del Profeta, perforando vuestra carne con el temor del Señor, con los clavos, tengais vuestra voluntad y vuestros deseos clavados á la cruz y á la mortificación, bien lejos de sujetarlos á la concupiscencia. Así es como cumpliréis aquello que nos recomienda Jesucristo, cuando dice: *Aquel que no toma su cruz para seguirme, no es digno de mi* (Matth. 16).

« Pero cómo, me diréis, un hombre puede estar al mismo tiempo vivo y crucificado? Nuestra cruz es el temor del Señor; luego, á la manera que aquel que está crucificado ya no tiene la libertad de mover sus miembros según quiere, así, nosotros ya no debemos regular más nuestra voluntad y nuestros deseos á nuestro gusto, sino según la ley del Señor. Y á la manera que aquel que está clavado en la cruz ya no piensa mas en satisfacer sus pasiones y no tiene más solicitud para el porvenir, ni deseo de amontonar riquezas, ni orgullo, ni disputas, ni resentimiento por las injurias que se le hacen ó que ha recibido en lo pasado; que se considera como muerto á todos los elementos, aunque aún vivo, y que en fin ya tiene todo su corazón en el lugar donde va á pasar; así también es necesario que estando clavados en la cruz por el temor del Señor, seamos muertos no solamente

á los vicios, más aún en cierta manera á la elementos, y que tengamos el ojo interior de nuestra alma siempre fijo allí adonde debemos creer que podemos ir á cada momento.

« Guardaos, pues, bien de buscar jamás aquello que habeis dejado, y de volveros, contra el mandamiento de Jesucristo, del campo evangélico en donde trabajéis, para tomar de nuevo vuestra túnica de la cual os habeis despojado. No descendais contra su orden, de lo alto de la perfección para tomar por las acciones bajas y terrestres de este mundo, alguna cosa de la primera vida á la que habeis renunciado. Olvidad vuestros parientes y vuestras antiguas afecciones, temiendo que enredándoos de nuevo en los obstáculos del mundo, no se diga de vos que habeis mirado atrás después de haber puesto mano al arado, y que no sois apto para el reino de Jesucristo.

« Hoy manifestáis, en el fervor de vuestra conversión, que pisoteais el orgullo del mundo con una humildad sincera; no deis, pues, más entrada á este orgullo en vuestra alma por una vana elevación de corazón, cuando comenzareis á gustar el canto de los salmos y la dicha de vuestra profesión, por temor que reedificando con esto, como dice el Apóstol, aquello que habeis destruido, no prevaricaseis. Galat. 2.) Conservaos mas bien en esa apobrezca que habeis abrazado, de la cual habeis hecho voto delante de Dios y de sus ángeles, y perseverad en ella hasta el fin.

« De ningún modo se debe permitir que permanezcáis en este estado de humildad y de paciencia de que habeis dado pruebas en los diez dias que habeis permanecido en la puerta del monasterio suplicando con muchas lágrimas que os admitiéramos en él; adelantad en esta virtud y haced que crezca en vos; pues que desdicha no sería, si, bien lejos de hacer en ella nuevos progresos y de adelantar en la perfección, cayeseis, relajándoos, en un estado aun más

bajo que este en que ahora estáis? Efectivamente, *no será aquel que empiece una vida santa el que se salvará. sino el que perseverará hasta el fin* (Matth. 24).

« El demonio, esa serpiente astuta y artificiosa, observa nuestros pasos; es decir, nos tiende lazos hasta el fin. De nada pues, serviría el haber empezado con gran fervor, sino coronaseis tan bellos principios con un fin dichoso, y sino practicaseis con el mismo celo hasta la muerte la humildad y la pobreza de Jesucristo de que acabais de hacer profesión en su presencia; para sosteneros, pues, en este santo estado, mirad bien la cabeza de la serpiente, es decir observad el principio de las tentaciones que os inspire, descubridlas al momento á vuestro superior. Así quebrantaréis la cabeza de la serpiente á medida que no reparéis en descubrir al superior todos los pensamientos que eche dentro de vuestra alma.

« Por esto yo os exhorto que después de haber empezado á consagraros al servicio de Dios, permanezcáis firme en su temor, como se dice en la Escritura, y preparéis vuestra alma, no para el descanso, la seguridad y las delicias, sino más bien para las tentaciones y sufrimientos. (Eccli. 2). No podriamos entrar en el reino de los cielos sin pasar por muchas tribulaciones. El camino que conduce á él y la puerta por donde se entra son estrechos: pocos son los que los hallan. Esto os debe enseñar que habiendo sido elegido para ser de ese pequeño número, no os debeis dejar arrastrar por el ejemplo del gran número dejándoos llevar por la pereza y la tibieza; antes bien debeis imitar á los del pequeño número, á fin de que merezcáis entrar con ellos en el reino de Dios. Vos sabéis que son muchos los llamados y pocos aquellos á quienes el Padre celestial dá la herencia del cielo. No creais, pues, que sea una falta ligera en un religioso, quien después de haberse comprometido en un estado que tiende á la perfección, en lugar

de trabajar en adquirirla se rebaje en una manera de vivir tan imperfecta. Ahí ván los grados por los cuales se llega á la perfección á que vosotros debéis aspirar.

« Os he dicho que el temor del Señor es el principio y sostén de nuestra salud. Por él aquellos que abrazan una vida perfecta se convierten á Dios, se purifican de sus vicios, y permanecen en las virtudes que han adquirido. Cuando este saludable temor penetra en un alma, le inspira un general menosprecio de todas las cosas; le hace olvidar á sus parientes, y le hace mirar al mundo con un santo horror. Este menosprecio y este despojamiento le conduce á la humildad. Ahí van las señales por las cuales se conoce que un religioso posee esta sincera humildad: 1° Si mortifica todas sus voluntades; 2° si nada deja ignorar á su superior, no solo de sus acciones, más aun de sus pensamientos; 3° si lejos de confiar en sus propias luces, se somete enteramente al juicio de su superior, si recibe sus avisos con ardor y una santa alegría; 4° si practica fielmente la obediencia, la dulzura, y una paciencia constante; 5° si no solo no mortifica á nadie, sino que ni aún se aflige por las injurias que recibe de otros; 6° si nada se atreve á hacer que no sea permitido por la regla y conforme al ejemplo de los ancianos; 7° si para él nada encuentra demasiado humilde, y si siempre se considera como un malo é indigno servidor, aún cuando haya hecho todo aquello que se le ha mandado; 8° si se considera como el último de todos, no solamente por la palabra, sino por un sincero sentimiento del corazón; 9° si retiene su lengua y no levanta la voz; 10° si no se deja llevar por la risa con demasiada ligereza. Tales son las señales, ú otras semejantes, con las cuales se conoce la humildad de un religioso; y cuando la posee verdaderamente, lo conduce á esa caridad divina que rechaza el temor y con la cual hace fácil y naturalmente aquello que antes practicaba con mucha dificultad por la

aprensión de los suplicios eternos; cuando poseendo esta caridad lo practica por gusto y por el placer que encuentra en el bien.

« Pero si quereis llegar más fácilmente á este estado, no os reguleis permaneciendo en el monasterio, por el ejemplo de muchos; antes bien por el de algunos, y mejor por el de uno ó dos solamente. Pues, á mas de que se encuentran pocas personas que sean modelos de una vida perfecta, hay esta ventaja que uno se instruye con mas facilidad en la perfeccion de la vida cenobítica por el ejemplo de uno solo.

« Para adquirir más bien esto que acabo de recomendaros y perseverar sin dejar de combatir en esta santa disciplina, observad fielmente tres cosas. La primera es la que dice el Real Propheta: *En cuanto á mi era como una persona sorda que nada oye, como un mudo que no abre la boca; era como un hombre que no entiende y no habla.* (Psal. 37).

« Es necesario, pues, que estéis en el monasterio, como si fuerais sordo, mudo y ciego; que sólo fijéis vuestra vista sobre aquel que habeis tomado por modelo, y que apartéis los ojos de todas aquellas otras cosas que son menos perfectas, ó menos edificantes, por temor que la autoridad de aquellos que están relajados y el respeto que teneis por ellos, os conduzca poquito ó poco al mismo relajamiento, y á hacer cosas que habeis condenado desde el principio.

« Si veis, pues, alguno que falte á la obediencia, que sea díscolo ó maldiciente, ó que contradiga á lo mandado por la regla, no os escandaliceis, y que su ejemplo no os arrastre; sino portaos como un ciego á vista de todas estas cosas, y dejadlas pasar como si no las entendieseis.

« Si alguno os hace alguna injuria, si otro os ultraja, sed firme é inmóvil, y escuchadlo como mudo que no tiene lengua para replicar. Entences acordaos de estas palabras de David: *Yo dije: Yo guardaré mis caminos, para que no*

peque con mi lengua; he puesto un centinela á mi boca cuando el pecador se me presentaba para atacarme, yó permanecí mudo, y me humillé, y guardé silencio para no decir cosas buenas (Psal. 33).

« Pero ahí va lo que os recomiendo de un modo particular, y que debéis mirar como el coronamiento de las virtudes cuya práctica os he propuesto. Hacedos como insensato en este mundo, á fin de llegar á ser sabio como lo decia el mismo san Pablo. No examineis nada, ni discutais sobre aquello que se os mande. Obedeced con simplicidad y una fé viva. No creais nada bueno, ni útil, ni cuerdo, ni prudente, que no sea la ley de Dios ó el mandato de vuestro superior. Con esto perseveraréis en la disciplina de este monasterio sin que el enemigo os la haga abandonar.

« Por lo demás, no aguardéis vuestra paciencia de la virtud de los otros; quiero decir, que no os debéis contentar de tenerla cuando nadie os ofende; pues esto no depende de vos; pues lo que está en vuestro poder es esperarla de vuestra humildad y de vuestra longanimidad.

« En fin, para resumir cuanto os acabo de decir, y para que lo podais imprimir mejor en vuestro espíritu, hé aqui en dos palabras porque gradós podréis sin dificultad elevaros á la perfección. El temor del Señor es, según la Escritura, el principio de nuestra salud y nuestra sabiduría. Este temor produce la compunción saludable. De esta compunción nace el renunciamiento; esto es, el despojo y el menosprecio de los bienes de este mundo. Este despojo produce en nosotros la humildad, de la cual se origina la mortificación de nuestros pecados. Esta mortificación arranca y destruye todos los vicios. Las virtudes crecen y producen sus frutos á medida que los vicios desaparecen. La fecundidad de las virtudes nos trae la pureza de corazón, y esta pureza nos hace entrar en posesión de la perfección de la caridad evangélica. »

DESIERTO DE DIOLQUE.¹

Casiano y Germán, continuando su visita á los solitarios del Egipto, pasaron del desierto de Panephysa al de Diolque.

« Eso fué menos, dice Casiano, por la necesidad de nuestro viaje que por el ardiente deseo de ver los solitarios que allí moraban. Había allí gran multitud, de los cuales unos vivian con toda regla en el estado cenobítico, y los otros despues de haber practicado en los monasterios que los antiguos habian fundado allí, las virtudes de la paciencia, humildad y pobreza, empiezan á combatir contra los demonios entrando en los lugares más recónditos donde llevaban una vida más celestial que terrestre. »

El desierto que ellos habitaban era una isla cerrada á un lado por el Nilo y al otro por el mar Parthaniano. Allí sólo había anacoretas que pudiesen suportar esa horrible soledad; pues, además de estar compuesta de una tierra agria y de una arena estéril, que la hacian incapaz de ser cultivada, los anacoretas padecian allí muchas incomodidades, alcanzando agua con tanta dificultad que les obligaba á economizarla con más cuidado que no toma el avaro para ahorrar el vino más precioso. Y debian andar más de tres millas, eso es, más de una legua larga, para ir á sacarla del Nilo, y aún subir por algunas montañas que se hallaban en diversos lugares y que redoblaban sus trabajos. En esos términos hace Casiano la descripción del desierto de Diolque y de los Santos que allí moraban, y confiesa que solo el amor

¹ Casiano-Rufino-Paladio.